

# EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 05 de Julio de 2011



## CAPÍTULO 2. EL SEPULCRO DEL CAMPO DE LA ESTRELLA

Los historiadores se han convertido en unos serios enemigos de la Iglesia Católica. Aunque, a priori, esa no era su intención. El historiador científico surgido en el siglo XIX tiene como misión fundamental la de arrojar luz sobre toda esa oscuridad que la Historia tiene. Pero sobre todo, lavar, limpiar, esclarecer algunas de las manchas que los otros “historiadores” le han vertido. Y sobre todo, expurgarla de mitos y falsedades, algunas de ellas, con una determinada intencionalidad. Tal es el caso que aquí expongo en estos momentos. Los motivos religiosos y políticos han trufado de falsedad toda una celebración, todo un símbolo, un santuario... un camino. La polémica fue levantada en su día por George Scheepss, al encontrar en Würzburgo, en la biblioteca de su universidad, un manuscrito con once tratados de un tal Prisciliano de Ávila. Sin embargo, la mejor obra escrita sobre Prisciliano y el Priscilianismo es la de Menéndez Pelayo, *Los heterodoxos españoles*. El capítulo que dedica a Prisciliano es fundamental. Pero fue Fernando Sánchez Dragó quien popularizó una controversia, una polémica, que hasta los años setenta era potestad única y exclusivamente de los especialistas. Con su libro *Gárgoris y Habidis, Historia mágica de España*, que fue best seller (a decir verdad, el único que ha tenido), removió las conciencias del país, y puso en duda a nivel divulgativo, a nivel popular, ni más ni menos que la celebración del Xacobeo, y la verdadera naturaleza del Camino de Santiago.

Prisciliano nació en algún lugar de la Gallaecia romana, provincia desde el 298 con Diocleciano, en torno a la década del 340. Prisciliano nació en el seno de una familia acomodada. Es una conjetura, sobre todo, porque llegó a la élite de la iglesia hispano-romana. Por entonces, ya había algunos pueblos “bárbaros” asentados pacíficamente en nuestra península. Desde el 325, por el edicto de Nicea, el cristianismo era la religión oficial del Estado romano. Sucedió, sin embargo, que, mientras en la parte oriental del Imperio, el cristianismo ya era la religión mayoritaria, en el occidente, aún persistían los ritos considerados por los cristianos como paganos (ritos tolerados y en algunas partes, con rango oficial, hasta el 325). Por lo tanto, Prisciliano tuvo una labor evangelizadora en las tierras gallegas bastante importante. Sucedió que, en la Gallaecia, la mayor parte de los ritos y cultos eran paganos, de carácter céltico. Ritos que habían pervivido desde la conquista romana en tiempos de Octavio. La táctica que adoptó Prisciliano para crear una comunidad cristiana importante en el norte de Hispania era la siguiente, la que en realidad había adoptado la Iglesia a nivel general: acoplar todos los ritos, los mitos y las creencias de las religiones preexistentes adaptándolas al cristianismo que se predicaba. De esa manera, Prisciliano creó una especie de cristianismo sui generis, de base céltica. Un cristianismo muy parecido al que San Patricio creó posteriormente en Irlanda. Pero no era el momento ni el lugar adecuado. Prisciliano además, evolucionó de forma original en sus postulados. Aunque el dogma de la Santísima Trinidad no fue aprobado hasta el concilio de Trento, allá por 1563, sin embargo, la teología del momento la aceptaba como tal. Prisciliano prescindió del Espíritu Santo. Él adoraba a Dios Padre y a Cristo como Dios Hijo. Además, siempre dio preponderancia al padre sobre el hijo, pues al no tener nada humano era más poderoso. Desarrolló una concepción maniqueísta en su dogma: implicaba la creencia en un mundo del mal, un infierno, un Satán, y su presencia también en el mundo material. La Iglesia del siglo XII adoptó estos dogmas en los concilios de la época. Prisciliano consideró que las mujeres también podían y debían acceder al sacerdocio, participar en los rezos y officiar. Además, adoptó el simbolismo de determinados rituales celtas que implicaban ritos acuáticos, la desnudez total de los miembros de la congregación, y puede que también algún tipo de rito sexual, aunque solo los detractores de su obra lo pusieron de relieve. Prisciliano impulsó una interpretación gnosticista de los Evangelios. Para él, los Evangelios contenían una enseñanza y un mensaje mucho más profundo que el que interpretaba la iglesia del momento (los coptos, cristianos egipcios, ya lo estaban desarrollando también). Además, Prisciliano consideró que la Iglesia debería tomar otro aire, es decir, debería adoptar otro camino, distinto al que había tomado. Todo ello cayó como una bomba en Hispania. Hidacio e Itacio, obispos de Córdoba y de Mérida, las sedes metropolitanas más importantes de la iglesia hispana, enviaron emisarios para que Prisciliano se retractara. No lo hizo. El asunto tomó un cariz bastante serio. El norte y el centro de Hispania ya seguían a Prisciliano y sus dogmas. En el 382, Prisciliano viaja a Roma y se entrevista con el Papa Dámaso, convenciéndolo para que retirase las condenas eclesiásticas contra él. Después de ser obispo de Ávila, la revuelta de los bagaudas, esclavos que habían escapado de sus dueños y

se habían atrincherado en los bosques de la Bética (Andalucía), consiguió que de nuevo fuera considerado un problema a resolver con rapidez. Los bagaudas se declaraban priscilianistas. Prisciliano abogaba por la separación entre la Iglesia y el Estado, como muchos hispano-romanos defendían. Entonces fue convocado a un concilio en Tréveris en el 385. Allí, por primera vez, la Iglesia Católica formó un tribunal que posteriormente serían llamados de Inquisición, y sufrió una fuerte condena, que acabó con su muerte por decapitación junto a sus seguidores. Se sabe que Prisciliano fue acusado de oficiar la Eucaristía con leche y uvas, y apoyarse en la astrología para la celebración de las diferentes festividades, en calendario diferente, por tanto, al de Roma. Sus seguidores aceptaron la decisión de Tréveris, pero recogieron sus restos y los trasladaron por diferentes partes hasta Burdeos, donde tenemos la última noticia de la tumba de Prisciliano. Sin embargo, en lo que luego se llamó Camino de Santiago, en realidad existía un “corredor” priscilianista. Esa es la base de la hipótesis según la cual el cadáver de Prisciliano siguió ese camino, transportado por sus seguidores, hasta un lugar ritual muy importante, tal vez en el emplazamiento de un antiguo túmulo celta. En cada uno de los emplazamientos de ese corredor existían comunidades priscilianistas bastante importantes. Parece que fue enterrado en Compostela, la antigua Libredon céltica.

Con la toponimia de Compostela podemos comenzar el relato de la superposición que el relato católico oficialista ha puesto durante siglos al sustrato real. Los romanos denominaban el lugar donde posteriormente se emplazaría la basílica de Santiago apóstol como *campus stellae*, o Campo de la Estrella. Otra hipótesis es la que da pie al mito del que bebe toda la histórica catolicista posterior. En ella, fue el obispo Teodomiro, allá por mediados del siglo IX d. C. recibe una revelación, a través de una estrella que descendió repentinamente de los cielos y le indicó el lugar exacto donde se encontraba enterrado el cadáver del apóstol Santiago. Esto se lo comunicó inmediatamente al rey Alfonso II de Asturias que aún era el núcleo de lo que luego sería el reino de León (Castilla aún no aparecía en el mapa, no existía). De nada importó que históricamente eso no se pudiera sostener. Allí apareció, efectivamente, una tumba, que albergaba restos humanos, y a juzgar por la anchura de hombros y estrechez de caderas, además del número de costillas, al menos uno de los cadáveres era el de un hombre. Eso era natural. El Campo de la Estrella había sido un lugar de culto desde tiempos anteriores. Al menos, desde la era megalítica, allá por el 4000 a. C. Y como lugar de culto, era razonable que hubiera restos de necrópolis de aquellas culturas. En verdad, de todas las que desde entonces han tomado el lugar como sagrado. Neolíticos, megalíticos, celtas, romanos, suevos, visigodos, musulmanes y cristianos han guardado culto allí. Y todos han superpuesto sus cementerios a los de los anteriores pueblos. La Historia en esto tiene bastante que decir. Y que contradecir. Sobre todo a la iglesia española y a la Santa Sede. ¿Qué se sabe de la vida del apóstol Santiago? Pues muy poco. Solo alguna mención en algunos versículos de los hechos de los apóstoles. ¿Estuvo en España, o mejor dicho, en Hispania? Sí, en la misma Biblia queda recogido. ¿Vivió y murió en Hispania? Aquí ya, la respuesta siembra la polémica. Vivió, pero durante unos años. No más de diez. Apenas realizó viajes. Su único objetivo era la creación de una comunidad evangelizadora, dejando a siete discípulos suyos (los famosos varones apostólicos hispanos, padres de la iglesia española: Cecilio, Eufrasio, Indalecio, Isicio, Segundo, Tesifonte y Torcuato), al frente de los cristianos hispanos. Pronto regresó a Jerusalén, donde fue martirizado por el rey Herodes Agripa I de Judea, siendo muerto según todos los indicios hacia el 43 d. C. Puestos a hurgar en la llaga, se sabe que san Pablo estuvo en España, y es muy posible que San Pedro también llegara por algún tiempo corto a algún puerto mediterráneo español, tal vez Cartagena. Es más probable que las cabezas de la comunidad cristiana se desplazaran a evangelizar Hispania haciendo una labor más firme que la de Santiago. Al fin y al cabo, Hispania en el siglo I apenas estaba cristianizada, y tardaría mucho aún en ser la religión mayoritaria, y es natural que San Pedro y San Pablo fueran enviados a “batallar” en el desierto pagano que por entonces era Hispania. En cualquier caso, lo que está más o menos aceptado es que fueron los soldados de la *Legio Septima Gemina*, afincada en la Gallaecia futura, los que recibieron el bautismo en el norte de África, de donde procedían, y extendieron su religión desde el norte de la península, y de una manera más eficaz y efectiva. Fueron tras sus labores evangelizadoras cuando se produjeron las primeras conversiones en masa en nuestro país. Durante la Edad Media, poco después del “hallazgo milagroso” (yo le llamaría milagrero) del obispo Teodomiro, se fabricó una explicación, o mejor, varias, para convertir la leyenda del apóstol en algo verosímil. Se dijo que murió en Galicia tras pasar sus últimos años en la península. Rápidamente, desde la propia Roma, se empezaron a cuestionar el asunto, dado que se sabía que Santiago había muerto torturado en Jerusalén, y su sepulcro aún era venerado allí. Sin embargo, cuando Jerusalén cayó a mediados del siglo VII con el empuje musulmán, se había perdido tras el saqueo el lugar de culto de Santiago allí. El obispo Teodomiro aprovechó para referir un viaje que supuestamente habían realizado los visigodos, aprovechando el saqueo de Jerusalén por los infieles, para trasladar la tumba del apóstol a tierras cristianas. No tendría sentido porque se sabe que el primer contacto de los visigodos con los musulmanes se produjo un par de años antes del 711, y además, el comercio marítimo durante la época visigoda era efímero y de cabotaje, nunca hubieran podido realizar tal expedición.

¿Qué es lo más razonable que ocurriera, según todos los indicios históricos? En primer lugar, el reino asturiano era el único que se había “sublevado” frente a los musulmanes, y se habían convertido en la única oposición frente a ellos en la península, pues en la parte oriental, los condados aragoneses y catalanes estaban vinculados al imperio carolingio y luchaban con ayuda de estos últimos. El reino asturiano tenía que hacer de su causa una causa divina, una defensa de la fe ante todo, para ganarse todo el apoyo de sus súbditos, el de Roma y el de Europa. Para sancionar esa causa santa, había que apoyarse en un santo de peso dentro del cristianismo, y además, ubicar su sede, sus restos, su tumba, su lugar santo en definitiva, en el seno de ese reino astur. El obispo Teodomiro fue seguramente el artífice del asunto. Posiblemente, la comunidad religiosa de la región aún veneraba en la zona del Campo de la Estrella a un santo local, que muy probablemente se

podiera tratar de Prisciliano, el hereje decapitado siglos atrás, y lo aprovechó. Hizo esa tumba la del apóstol Santiago. Alfonso II sabía que le venía como anillo al dedo tener un lugar santo en el seno de su reino, pues le daría fama internacional, podría obtener ayuda económica y militar de las potencias exteriores frente al Islam, y podría revitalizar su país culturalmente. Así que, desde un momento determinado del siglo IX, un culto local situado en el Campo de la Estrella, terminó convirtiéndose en el luego famoso internacionalmente culto jacobino. Inmediatamente se erigió una basílica que con el paso del tiempo se convirtió en catedral. Se piensa que los restos son realmente los de Prisciliano porque apareció en una fosa colectiva, donde solo había un hombre, y el resto eran mujeres. En ese contexto, que sean los del apóstol chirría, porque estaba muy mal visto tanto en época del apóstol como cuando fueron “santificados” oficialmente, que un personaje relacionado con la jerarquía católica se enterrara con mujeres. El papa Gregorio VII dio sanción pontifica al culto de Santiago de Compostela, y desde entonces, se hacen peregrinaciones desde todos los puntos de Europa. Santiago fue nombrado patrón de España, cuando sus vínculos con ella son bastante endebles, y fue el grito de lucha frente al infiel. Hablar del culto a Santiago es hablar a partir de la Edad Media, y nunca antes, en España.

En definitiva, no sabemos qué restos se veneran realmente allí. Sabemos que los de Santiago apóstol no son, y pensamos que pueden ser los de Prisciliano, aunque no sé tampoco seguro. Sabemos que se veneraban antes del suceso de Teodoro, y que el lugar era un sitio de culto para todos los pueblos anteriores a los astures.

